



La retomada: ¿una nueva normalidad?

L.M.: Usted conoce las interrogantes kantianas – ¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué se me permite esperar? ¿Qué es el hombre? – que fueron y siguen siendo las interrogantes de su vida. ¿Qué actitud ética debemos adoptar ante el imprevisto?

E.M.: Después de la epidemia vendrá una aventura incierta en la cual se desarrollarán las fuerzas de lo peor y de lo mejor, estas últimas bajo formas aún débiles y dispersas. Sepamos, en fin, que lo peor no es cierto, que lo improbable puede advenir y que, en el titánico e inextinguible combate entre los enemigos inseparables que son Eros y Thanatos, es sano y más fuerte tomar el partido de Eros. (Edgar Morin en entrevista a Le Monde el 19 de abril de 2020 – traducción libre.)

“Usted pregunta cómo podría surgir el sentimiento de amar. Ella le responde: Quizás de un fallo repentino en la lógica del universo. Dice: Por ejemplo, de un error. Dice: Nunca por quererlo. Usted pregunta: ¿El sentimiento de amar podría surgir de otras cosas aún? Usted le suplica que diga. Ella dice: De todo, de un vuelo de pájaro nocturno, de un sueño, del sueño de un sueño, de la cercanía de la muerte, de una palabra, de un crimen, de uno, de uno mismo, de pronto sin saber cómo.” (Marguerite Duras en *El mal de la muerte*.)

Nunca en la historia de la humanidad la fragilidad de nuestras relaciones quedó tan reveladoramente expuesta. Sin que tengamos siquiera hacia dónde escapar. Sean las relaciones con la Naturaleza, con el prójimo o con nosotros mismos, sean las que sean, la estrecha relación de interdependencia entre todo y todos quedó expuesta, con los nervios a flor de piel. La actitud que adoptamos hacia el medio ambiente incide sobre nuestra vida en el planeta; el cuidado del otro depende del cuidado de mí mismo y viceversa.

El aislamiento social decretado por el combate a la pandemia nos reveló flagrantemente a cada uno de nosotros cómo se constituye y en qué se apoya nuestro equilibrio emocional. La ausencia de pequeños sucesos callejeros cotidianos que nos hacen diferenciar un día del otro, la imposibilidad de seguir experimentando pequeños hábitos y, principalmente, la interdicción de los encuentros con amigos, nos exigieron a cada uno de nosotros esfuerzos enormes para no descompensarnos y para que no se rompiera nuestro equilibrio.



Y luego de conocer esta estrecha dependencia, luego de exponer la fragilidad de nuestras relaciones, ¿cómo proseguir? ¿Hacia dónde volver, si la conciencia que ahora tengo toca y transforma todo lo que toca?

Y ¿cómo será la retomada? ¿Desde dónde retomamos? ¿Dónde paramos? ¿Desarrollaremos bunkers cada vez más inexpugnables, poniéndonos a salvo de todo y todos? ¿O tomaremos el camino de la colectividad, de la solidaridad de aquellos que aprendieron a aprender con la experiencia y, ante la amenaza inminente, “nadie le suelta la mano a nadie”?

João pensaba en su vejez. Dentro de los límites de sus posibilidades, pensaba en cómo le gustaría vivirla. Recuerda algún lugar en el pasado adonde, tal vez, pudiera volver – después de todo, allí había sido feliz. Lo acompaño mientras hace sus cuentas. De pronto, João encuadra su rostro en la pantalla de su computadora y dice con una firmeza desolada: “¡No tengo adónde volver!”

La editora de la revista de mi sociedad me acababa de proponer la redacción de este artículo y lo vi resuelto en la constatación desolada de João. La reflexión de João hizo que saltara frente a mí la afirmación “nosotros no tenemos adonde volver”, una buena traducción para la “nueva normalidad”.

A lo mejor es la radical imposibilidad de volver atrás en el tiempo lo que estamos expresando mediante este eufemismo: la “nueva normalidad”.

Algo en cada uno de nosotros se transformó de manera definitiva, sin que podamos asirlo en su totalidad; algo en la realidad que nos rodea se transformó de manera definitiva, sin que podamos asirlo en su totalidad. Aún tendremos que esperar y no hay adonde volver.

Al mismo tiempo, tenemos... mejor dicho, tendríamos mucho, muchísimo que aprender con la experiencia de la pandemia. El tiempo verbal indica que no soy de los más optimistas con los seres humanos. A lo largo de la historia, no hemos fallado en nuestra capacidad de destruir todo lo que nos cerca y, consecuentemente, a nosotros mismos. La razón, nuestra mejor esperanza, no ha logrado superar la creatividad implicada en el deseo de destruir.

Mínimamente, la urgencia de la solidaridad, del pensar colectivamente, tendría que estar presente en las acciones de todos nosotros. Sin embargo, a despecho de la extraordinaria demostración de su capacidad de trabajo conjunto, la ciencia sigue siendo negada por líderes contemporáneos y utilizada para justificar ideologías toscas.



Surge entonces, como diría Marguerite Duras, el fallo repentino en la lógica del universo, que hace sobrevenir el amor.

El artículo ya estaba encaminado cuando un nuevo acontecimiento se abre y transforma lo que venía pensando. En él, se reintroduce el amor y con él, la esperanza.

Reproduzco el acontecimiento. Estábamos todos reunidos en la mesa y cantábamos con alegría. Mi hija, en una introducción a lo que quería cantar, dice que siempre había pensado cantarme aquella canción. Y lo hace de forma bellísima y emocionada. De vuelta a Río, le escribo diciendo: “Hija, creo que nunca nadie me había cantado como lo hiciste ayer. Inolvidable. Muchas gracias. Besos”. Mi hija contesta: “Papá, canté con la alegría de tener la certeza de que siempre tendré adonde volver. Gracias por tanto”.

Tomado por la emoción, entiendo que me decía que había un lugar adonde volver, contrariando la lógica del artículo que yo había estado escribiendo.

Volví a mi artículo. ¿Adónde vuelve ese “adónde volver”?

Vuelve como una cuestión de principios, como una afirmación de un valor fundamental, sin el cual la vida humana pierde el sentido. En el libro del cual extraigo la epígrafe, Marguerite Duras define esta pérdida de sentido de la vida como “el mal de la muerte”.

Un principio no es solamente un sinónimo de comienzo. Un principio describe lo que está en vigor al comienzo, durante y al final de nuestras acciones. Reconocemos los principios principalmente al final, en el vigor con el que se mantuvieron a lo largo del proceso. Y es hacia allí que regresamos en las retomadas.

A partir del reconocimiento de este fallo repentino en la lógica de mi artículo, sentí renacer en mí la esperanza. Y canté:



“*Ciranda*¹, *cirandinha*, vamos todos a *cirandar*,
Vamos a dar la media vuelta,
Vuelta y media vamos a dar.
El anillo que me diste era de vidrio y se quebró,
El amor que me tenías era poco y se acabó.
Ciranda, cirandinha, vamos todos a cirandar....”

Creo que nunca había cantado esta *ciranda* de esa manera. Reconozco que jamás le presté atención al hecho de que el anillo fuera de vidrio y el amor pudiera acabar, y principalmente que fuera esa la razón de la *ciranda*, una danza que invita a rehacer y retomar constantemente el sentido de la vida.

Cuando éramos chicos, escuchábamos encantados las historias de un guardavidas de Leblon. Su sobrenombre: Nei-mentira. En una de sus historias (mi favorita) decía tener en casa un gato al que no le gustaba el café. Contaba que le ponía café con leche en un platillo y el gato sólo bebía la leche y dejaba el café.

Entonces, en la **retomada**, sabiendo que el anillo era de vidrio y que el amor se acaba, jugaremos todos en ronda, bailaremos la *ciranda*. Mientras arrastramos lentamente los pies, todos de la mano, algo de fundamental se restaura: el sentido de la colectividad. En la *ciranda* no hay lugar para “individualidades”. “Vamos todos a *cirandar...*” Todo muy sencillo, el paso marcado, la música marcada, uno contiene el ímpetu del otro; uno lleva al otro hacia dentro de la ronda, siempre recordándole la existencia del prójimo. El mayor placer de la danza es el de pertenecer a la ronda.

Una vez, en 1976, alquilé una casa en Itamaracá para pasar las vacaciones. A la noche, íbamos al Bar Sargaço a bailar *ciranda*. Allí fue donde conocí y aprendí a *cirandar* con Lia de Itamaracá. Eran rondas enormes en un piso de tierra, que con el arrastrar de los pies hacían levantar una nube de polvo. Allí, los valores de las individualidades se dejaban de lado, como máximo, una “vuelta y media vamos a dar”, y la rueda giraba en la dirección contraria.

¹ La *ciranda* es una danza y música popular brasileña originada en Itamaracá, Pernambuco, que se baila en forma de ronda.



FRONTERAS
33º CONGRESO
LATINOAMERICANO
DE PSICOANÁLISIS

PRIMER CONGRESO
VIRTUAL FEPAL 2020

OCTUBRE
2020



Y si yo quisiera volver allá, ¿qué encontraría? Se habrían ido todos, el lugar ya no sería el mismo, ni siquiera yo sería el mismo. Es cierto, si buscara reencontrar la Itamaracá de aquel tiempo, encontraría el vacío. No obstante, y ahí nuevamente podemos ser sorprendidos por el fallo repentino en la lógica del universo, encontramos un vacío que nos llena y nos conforta por tener sus bordes delimitados por una buena experiencia. Un vacío enmarcado por una buena experiencia que me permite vivirlo sin desesperación. Y allí reencuentro la *ciranda* y la retomada.

Como dice Marguerite Duras, el amor surge, tal vez, “de un fallo repentino en la lógica del universo”. No viene “nunca por quererlo”.

La ironía de la escritora francesa sirve para referirnos a la presencia de la prevalencia del deseo de no sufrir, de eliminar la posibilidad del dolor y del sufrimiento – lógica que parece presidir este universo al que se remite Duras.

En la retomada, quiero estar en este fallo repentino en la lógica del universo, allí donde el miedo y la codicia cedan lugar a la solidaridad.

En la retomada, quiero bailar una *ciranda*.

Río de Janeiro, 14 de agosto de 2020.

Miguel Calmon du Pin e Almeida